

DIARIO DE CÓRDOBA.

DE COMERCIO, INDUSTRIA Y ADMINISTRACION.

SUSCRICION EN CORDOBA.
Por un mes 8 rs. Por trimestre 22 id.

Los suscritores á este periódico tienen derecho á insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado al mes, que no exceda de quince líneas.

FUERA FRANCO DE PORTE.
Por un mes 10 rs. Por trimestre 28.

Seccion editorial.

CUADRO DE COSTUMBRES.

EL HARRUQUERO.

Endiablada ocurrencia fué la que allá por los años de 1843 reuniera, en la que un tiempo se llamó capital de ambos mundos, á un número no muy pequeño de celebridades literatas para decidirse á adoptar el pensamiento de arrojar á un lado sus envidiables plumas de escritores, y trocarlas por pincel, paleta y colores profanos, en generalidad, á el arte divino que ha inmortalizado á Rafael y á Miguel Angel, debiera haberse opuesto á tal intrusión la Academia de San Fernando y siquiera haber protestado contra tan brusca invasión como se proyectaba hacer en el templo de Apolos. Empero en vez de oponerse á aquella vandálica irrupción, hubo por el contrario de estimularla con un apoyo tácito, tal vez previendo que no tendría por qué arrepentirse de la implícita licencia que otorgaba con su significativo silencio, ó quizá temiendo que su oposición diera motivo á cierto número de caricaturas académicas, cuyos nombres fuera fácil adivinar á el público y proporcionarle el placer de distraerse un rato á costa del prójimo. Ello fué, en fin, que la tal ocurrencia tuvo prosélitos numerosos; que tal pensamiento fué acometido con entusiasmo y llevado á cabo con felicísimo éxito, y que los noveles pintores mostrándose dignos discípulos de la egregia escuela de los Velazquez y Murillos, y aprovechados alumnos del bellísimo arte de Mr. Daguerre, dieron á luz una completísima colección de magníficos retratos, que son conocidos y apreciados bajo el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*.

De endiablada me he permitido calificar la fecunda idea que vino á dotarnos con tan precioso conjunto de bocetos, y á describir con tanta gracia y originalidad los tipos especiales de que el suelo español abunda, y seguramente que debo dar una reparación cumplida á quien hubiere disonado tan impropio adjetivo. Usándose, como ya he dicho, un crecido número de literatos de reputación científica y nombres tan conocidos y capaces de desempeñar con maestría el objeto propuesto: en posesión además de un campo virgen, cuya explotación tal cúmulo de laureles en cerraba, claro está que teniendo el derecho de escoger supieron aprovecharlo, empezando por pintar los tipos que nuestra sociedad ofrecía en mayor relieve, y descendiendo hasta apurar los de mas escasa insignificancia. La consecuencia legítima de esto fué, que todo el que con posterioridad ha querido imitarles y describir un tipo, después de haberse devanado los sesos en busca de un boceto original, en el que estuviese retratada una costumbre general de nuestro país, ha concluido por desistir de tal pensamiento, contentándose solo con describir, cuando más, un tipo de localidad, ó solo con adicionar los que se publicaron en la época citada: como una queja de egoísmo artístico, no es extraño que me haya atrevido á llamar *endiablada* la ocurrencia, que aun cuando ventajosamente, al fin nos ha privado de una vez de materiales tan abundantes como había á nuestra disposición.

En la imposibilidad pues de retratar un *Género* conocido por todas partes heme aquí en busca siquiera de una especie localizada, y afortunadamente he tropezado con mi hombre sin necesidad de buscarle con la linterna histórica de que se servía para hallarle aquel antiguo filósofo.

Que tropezé, he dicho, pero no se tome esta palabra en su sentido estricto y literal; comprendase que he visto pasar á mi protagonista; que semi-embutido en la pared, ó resguardado en el umbral de la casa mas inmediata he dejado el paso franco y espedito á mi hombre, el cual desde luego no podrá menos de admitirse que es un personaje de *alta* categoría, puesto que todo el mundo hace lo que yo, esto es, se retira á un lado y permanece parado mientras pasa, consideracion de estrema política, que no se juzgará excesiva para el que viene haciéndose anunciar y preceder, si no por heráldico clarín, por prosaica cencerria, que viene á ser lo mismo, y trae además un acompañamiento de 40 ó 64 ó más *Pes de asnos*, como dirian ampulosamente nuestros finchados vecinos de allende el Guadiana.

Para el que habite ó haya permanecido en Córdoba durante algun tiempo, considero bastante lo dicho para que conozca el boceto que me he propuesto diseñar: para el que no se encuentre en este caso preciso me será pintarle con rasgos muy marcados y distintos, de modo que no pueda confundir con ningun otro á el que acostumbremos á denominar *Harruquero*.

Por poco que uno transite por entre las mil laberínticas calles de Córdoba, y mas seguramente por entre aquellas que tienen su desembarque hacia el río, á lo largo del cual se encuentran situados los molinos harineros que surten á la población, no podrá menos de verse mas de una vez detenido por alguna recua de soberbios burros, que precedidos y guiados por uno de ellos con bozal enjaezado y de monstruosa y sonora cencerria pendiente del cuello, se encaminan con paso grave y mesurado cargados cada uno con un costal de cuatro fanegas de trigo, á dejarlo en el mo-

lino y volver de regreso con igual peso de harina: cerrando la marcha de esta comitiva asnal, ya cabalgando sobre los que van de vacío, ó caminando á pié en pos de ella, veránse, por lo comun, dos mozos de formas tan vigorosas y de contestura tan robusta que á primera vista demuestran las atléticas fuerzas de que se hallan dotados y que á cada paso necesitan ejercer; vestidos con el traje de la gente campesina del país, y llevando atravesada en la faja una gruesa y nudosa vara de acebuche que en sus anchas y callosas manos es susceptible de dar el mismo efecto que la antigua Catapulta, les oírás y os atronarán los oídos con las continuas voces que van dando de *etoma plate-ro*, para Caquito, jarre Pelegrino, etc., siendo admirable la exactitud y presteza con que los pobres animales se apresuran á obedecer tan ligera insinuacion; cuya falta de pronto cumplimiento sería seguidamente castigada con dos ó tres varazos capaces de hacer bambolear una muralla.

Durante algun tiempo sigamos esta cabalgata y ciertamente no podremos dejar de pasarnos de ver á el *Harruquero* con cuanta facilidad, ayudado por su compañero, levanta á pulso, carga ó traslada de un punto á otro el enorme peso que arroja una halda de trigo, que muy poco baja por lo comun de diez y seis arrobas; y repetido esto seis ú ocho veces seguidas en cada pasada, hasta completar el porte de toda la recua, vésele marchar hacia el molino, alegre, risueño bromeando al paso ya con la torpe anciana á quien hace correr con la ligereza de una joven el temor de verse atropellada; ya con el susto que hace pasar á el distraído Papanatas que atento en mirar una muestra no oyó las voces que le dieran, ni escuchó el ruido de la estre-

(94)

dinarios; está protegido por un poder superior á las humanas fuerzas. Si aspiras á triunfar de él, á ti te toca, si quieres vencerle, apelar á un medio contra el que en vano intentará luchar.

— ¡Mujer! exclamó el herido; ¡no intentes impulsarme por una via donde pueda comprometer la salvación de mi alma!

— Eres un loco, replicó la Maugrabine, y hablas como si fueses un cobarde. Antes de rechazar la protección que te propongo, aprende á apreciar mejor su importancia. Hablame francamente; no necesitas referir tu historia desde el principio, porque la casualidad me condujo la noche en que fuiste herido, cerca de la fuente del Semalairé; asistí al encuentro del hermano Eugenio con la bella de los ojos de color de garza.

Te vi deslizarte entre los árboles como un ladrón de noche; oculta tras el pequeño monumento arruinado, escuchaba esa eterna conversacion, siempre la misma, del amor con la juventud y la belleza. Soy vieja, mas de lo que se cree, y desde el episodio de los amores del Samalairé, pobre loco á quien no pude salvar, hasta el de la pasión de Micaela por Berandón, he sorprendido muchos misterios amorosos, he recogido muchos juramentos que, á no haberlos oído yo, los hubiera llevado el viento.

— Y bien, dijo el escudero, tú has podido conocer que el novicio se negaba en un principio á escuchar la dulce confesion de Micaela. La orgullosa, no comprendiendo nada de la frialdad del fraile, le impulsó á dejar con ella el sitio aque-

(94)

atrás, dejaba ver las largas trenzas doradas, y sus bellísimos ojos cuajados de lágrimas; la voz de Micaela resonó llamando á Eugenio. Estremeciéndose el fraile, y dió un paso hacia el muro: la joven quiso detenerlo; pero la voz de Micaela volvió á resonar de nuevo, como exhalando una queja, y casi alarmada; entonces el novicio fué á lanzarse, pero yo habia previsto su movimiento, y antes que hubiera podido salvar la brecha me puse yo delante, presentándole mi espada. El fraile dió un ahullido de rabia, y levantó su báculo; en vano intenté parar el golpe furioso que rompió mi espada como débil vidrio. Sentí un choque terrible; perdí el conocimiento, y no lo recobré sino mucho tiempo después; tú me dijiste luego que el buen peregrino me tomó en sus brazos y me trasladó aquí. Reconozco que á tus buenos cuidados debo mi cura; pero ¡ay! ¡hubiera valido mas para mí no sobrevivir á la vergüenza de Micaela, y á la ruina de mi esperanza.

— ¡Y la venganza! replicó la vieja; ¿eres acaso de esos corderos á quienes se puede esquilarse ó despedazar á su antojo, sin que jamás se presente á su espíritu la idea de defenderse? Un palo, un innoble palo, es decir, el arma que sirve para castigar á los siervos, ¿ha bastado para aniquilar el valor del llamado el bravo Damian?

— ¡No, por San Beltrán! exclamó el escudero, me vengare! ¡lo juro por la salvación de mi alma; ó pereceré! Pero ¿de qué me servirá vencer, si aquella que debía ser el premio de la victoria la he perdido para siempre?

(95)

— ¡Y no debes nada á esa bella joven, cuyas delicadas manos sostenían tu cabeza inclinada en los hombros del buen peregrino, mientras esta, encorvado bajo el peso de tu cuerpo, subía penosamente la cuesta del monte Pardoux? ¿No te acuerdas ya de las lágrimas que bañaban sus ojos de cielo? ¿No has adivinado que aquel seno de nieve encerraba un dolor igual al tuyo? Esa joven ha sido tu bienhechora; su pañuelo de hilo de Flandes ha servido para estancar tu sangre, su oro ha pagado las medicinas preciosas que los judíos de Lombez solo conceden á los iniciados, y sin los cuales tu cura habria sido imposible. Un pobre peregrino, estenuado por largos y penosos trabajos, no podría defender á una tímida joven, cuyo pudor se opone á revelar el secreto de su dolor, y á pedir protección y ayuda. ¿Qué me hablas de Micaela? Micaela ha muerto para tí, olvidada; pero piensa en la que te ha socorrido.

— ¿Y qué puedo yo hacer por ella? dijo el escudero; ¿no me has dicho que ese caballero mal-dito está al abrigo de mis golpes? ¿No me has disuadido de que le provoque? ¿De qué serviría á esa joven el sacrificio de mi vida?

— Te he dicho, respondió la vieja, que Berandón estaba protegido por el demonio, á quien su padre lo encomendó al nacer. Los hombres nada pueden contra él por los medios ordinarios, pero hay fuerzas sobrenaturales, ante las que Berandón debe á su vez sucumbir.

— ¡Explicame! ¿qué fuerzas son esas? ¿de qué

